

El fracaso escolar desde un punto de vista clínico

¿Quién define el fracaso escolar?

Hace dos meses que ha comenzado el curso.

Un niño de 6.º EGB, dice a su profesora de Matemáticas:

—Señorita «yo sé» por qué no hago bien los controles.

El niño hace esta afirmación con plena convicción. La profesora y los alumnos se interesan por el «saber» que el niño tiene acerca de «su fracaso», le escuchan con atención.

—Yo estudio en casa, leo muchas veces cada pregunta, pero luego se me olvida todo... siempre olvido lo que he estudiado.

La profesora, que había visto en él una buena comprensión de las cuestiones planteadas en clase y una fuerte ansiedad y dificultad cuando debía expresar lo comprendido a través del lenguaje oral o escrito, le propone:

—Vamos a hacer un «experimento», si tú quieres... yo no estoy segura de que la explicación que das sea cierta.

El niño dice estar seguro de que «su fracaso» es debido a su dificultad en recordar y eso para él es indudable e inevitable. Ante esa evidencia no hay nada a hacer. No obstante acepta hacer el «experimento».

La profesora plantea en la pizarra un ejercicio para cuya resolución se hace necesario haber comprendido los conceptos fundamentales del último tema estudiado y le pide que lo resuelva.

El niño queda paralizado frente a la pizarra y la profesora, para evitar que se ponga ansioso, comienza a hacerle preguntas sobre los datos de la pizarra que le ayudan a concentrarse. Va respondiendo cada una de las preguntas, rápido a veces, reflexionando antes de contestar, otras... así comienza a formular cada uno de los pasos que terminarán con una respuesta al ejercicio que entrañaba cierta complejidad y articulación de conceptos.



El niño ríe nervioso, está sorprendido, el saber que creía tener acerca de sí mismo ya no le sirve. La sorpresa es evidente; se ha producido una inversión, lo que antes del «experimento» era certeza, se vuelve ahora pregunta para él.

Este niño tiene una hermana mayor que según la madre sirve para estudiar, es lista. El hijo ha sido para la madre, desde siempre (desde preescolar), el que no sirve para los estudios pues «no es como la niña». ¿Por qué esta certeza del lado de la madre en el sentido de una limitación del hijo?

Lo que intentamos plantear con esta anécdota es cómo el hablar en términos generales y estadísticos de «fracaso escolar» imposibilita el cuestionamiento, uno por uno, impide cuestionar lo que hace sintoma en cada caso individual.

El término «fracaso escolar» es

cada vez más utilizado, podemos decir que es «normal» y esa normalidad entraña el grave peligro de impedir que haya una pregunta para cada niño que fracasa, la responsabilidad de esa pregunta está del lado de los adultos.

Hay una búsqueda de técnicas, metodologías, planes de estudio; pero el «fracaso escolar» no disminuye.

Hay algo que el niño no puede decir con palabras y es dicho en el síntoma. Alguien debe hacer de ese síntoma una pregunta, invertir los términos, crear un enigma que conducirá al niño a querer saber acerca de él. Si un adulto toma esa responsabilidad con el niño, hará posible el encuentro con el analista.

M.ª José García

Escuela de Estudios Psicoanalíticos
Óscar Masetta
Psicólogo